

**IMPORTANTE:**

### **Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

**IMPORTANTE:**

### **A LOS CORRESPONSALES**

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,**

**Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

**Barbará, 16, Barcelona. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN**

J. Horta, impresor. - Barcelona

# **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**N.º 259**

**25 cts.**



**LA  
DIOSA CIEGA**

**POR  
Esther Ralston,  
Jack Holt,  
Ernest Torrence,  
etc.**

**FilmoTeca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12  
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 259

---

## LA DIOSA CIEGA

Preciosa comedia dramática, basada en la novela  
de *Arthur Train*,

e interpretada por los célebres artistas:

**JACK HOLT, ESTHER RALSTON,**  
Ernest Torrence, Louise Dresser, etc.

Producción **PARAMOUNT**

Exclusiva de

**SELECCINE, S. A.**

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
**IRENE RICH**

---

# LA DIOSA CIEGA

---

## Argumento de la película

---

Devens y Kelling es la razón social de la más prestigiosa firma que, entre los contratistas de obras gigantes, existe en Nueva York. El alma de esta importante entidad no es otro que "Bill" Devens, famoso por la realización de sus más atrevidas concepciones.

Nacido Bill de humilde cuna, escaló la cumbre de la fama y el dinero gracias a su entereza de carácter y a su laboriosidad incansable.

Unos años antes, cuando ya su nombre empezaba a pronunciarse y su personalidad tomaba algún relieve en sociedad, contrajo matrimonio con la bellísima Elena Clayton, muchachita despierta y vivaracha, hija de una familia acomodada. De este matrimonio sa-

---

Prohibida la reproducción.

Revisado  
por la censura gubernativa.

---

lió un querube, un angelito llamado Moira, que hacía las delicias del padre, y que, en cambio, para la madre no representaba otra cosa que el estorbo eterno que se le presentaba cada vez que había una fiesta en perspectiva...

Acostumbrado Bill a una vida agitada de trabajo, había dejado a su mujer en una amplia libertad de acción, seguro como estaba de que nunca podía faltarle. Pagaba, además, con puntualidad escrupulosa las cuentas que modistos y perfumistas le presentaban, y las que en su mayoría de veces no estaba Bill en disposición de liquidar.

Elena, al sufrir la transformación de chiquilla a mujer, gozando de tanta libertad, de tanto lujo y de un excelente marido, "demasiado" bueno, sufrió también la mayor equivocación de su vida... Abandonó a su hijita, abandonó al hombre que tantos sacrificios hiciera por ella, abandonó, en fin, su hogar fundándose con un buen amigo de Bill, para entregarse en sus brazos loca de pasión.

Bill sobrepúsose a sí mismo cuando recibió aquel rudo golpe. Juró que aquella mujer no entraría de nuevo en su casa, para que no deshonrara el nombre sagrado de Moira, su hija. Y desde entonces empezó con más ahinco, con más bríos aún la lucha por la vida.

\*\*

Han transcurrido veinte años. Moira es ya una mujercita, pero una mujercita de "hoy", que practica los deportes y baila el charleston. Lo que más la divierte es conducir un magnífico auto y pasar con velocidad vertiginosa frente a los guardias encargados de la vigilancia de las carreteras de Nueva York.

Moira se halla ante un espejo contemplándose los rubios bucles en desorden, los ojos saltones y brillantes por efecto de la velocidad de su auto, y su rostro primoroso limpio, enteramente limpio de polvos y carmín. La respiración es levemente fatigosa; parece algo emocionada...

Entra su padre, y queriendo ser severo la dice:

—¿Qué le hiciste al pobre mozo aquel del Ford? ¿Lo apachurraste?

Moira quedósele mirando de aquel modo que lo hacía cuando quería desarmarle.

Bill continuó:

—Pues esta vez no vas a salirte con la tuya.

—¿Lo dices de veritas, papá?

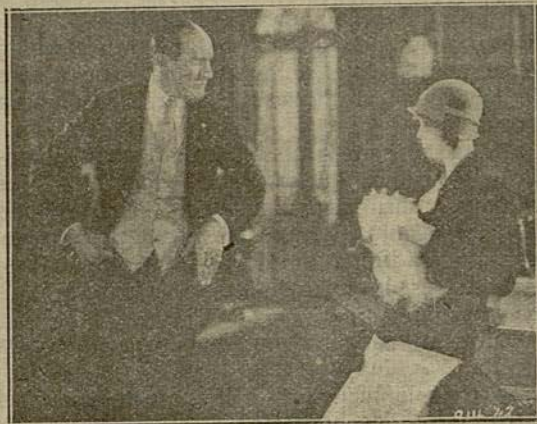
—Cuando digo que no vas a salirte con la tuya, no te saldrás con la tuya.

—Papá, no me regañes. Bastante me regañó el joven aquél del Ford.

—¡Qué atrevido! Y ¿qué te dijo?

—“Tiene usted los ojos más lindos que he visto en mi vida”.

Bill echóse a reír. Comprendió que a su hija le había entrado el mozo por el ojo derecho. No quiso decir nada, pero quería no



—*Papá, no me regañes. Bastante me regañó el joven aquél del Ford.*

estar desprevenido y procurar conocer antecedentes de aquel joven que había tenido la virtud de interesar a su hija.

Moira entró en su habitación, amueblada con un lujo excepcional, cual correspondía al mimado retoño de uno de los más fabulosos ricachones de la gran metrópoli neoyorkina.

Destacaba de entre todo lo que en aquella habitación había, un gran cuadro, con el retrato al óleo de la madre de Moira, a la que ella no conoció, pero que, según la había contado en diferentes ocasiones su padre, murió a los pocos días de haber dado a luz, y después de haber llevado una vida ejemplar.

Púsose ante aquella imagen querida, y la habló como si tuviera ante sí al original.

—Mamá, dime... ¿sentiste la misma emoción interna la primera vez que viste a mi papá? Si vivieses... tú me comprenderías, ¿no es verdad, mamá?

El joven del Ford de quien hablaban unos minutos antes el padre y la hija Devens, era un joven abogado, Hugo Dillón, que había logrado ver realizado el mayor deseo de su vida, gracias a los múltiples desvelos y sacrificios que se había impuesto para conseguirlo. Carecía de fortuna, pero tenía ante sí un brillante porvenir a conquistar. Conocía a Moira desde hacía mucho tiempo, por saberla la hija del famoso Bill Devens. Nunca la había dirigido la palabra hasta que aquel día por poco más lo apachurra dentro de su Ford, tal como acababa de decir Bill a su hija. Gracias a la serenidad de Hugo manejando el volante para evadir el topetazo que iba a recibir, no hubo que lamentar ninguna desgracia.

Los pocos momentos que estuvieron en conversación y que Hugo aprovechó admirablemente para decir a la bella Moira todo

lo que para ella guardaba su corazón desde hacía mucho tiempo, hicieron despertar en ésta aquella emoción interna que hemos visto confesar a la imagen de su madre.



—Mamá, dime... ¿sentiste la misma emoción interna la primera vez que viste a mi papá?

La fortuna de Devens había llamado la atención a más de cuatro desaprensivos, que viendo en Moira el único medio para lograr-

la, dedicábanla constantemente frases de elogio y las más rendidas de amor. De todos modos ninguno podía vanagloriarse de haber recibido una sola mirada que significara una promesa de cariño.

Entre los más rendidos admiradores figuraba Tracy Redmond, asimismo abogado, que desempeñaba el cargo de acusador fiscal en la oficina del Juez del Distrito.

Aquella tarde Tracy Redmond fué a visitar a los Devens. Mientras se hallaban los tres en amigable charla, llamaron al teléfono. Moira, que se hallaba de pie y cerca del aparato, cogió el auricular. Habló breves momentos y luego avisó a Bill de que "una linda dama" quería hablarle.

—Bill... Soy Elena... ¿Fué Moira la que me contestó?

Las palabras claras de la mujer que le había robado la dicha le dejaron estupefacto. Temió se diera cuenta su hija de la nerviosidad que le invadía, y dijo:

—Salid de aquí, muchachos... que no me dejáis oír ninguna palabra.

Moira y Redmond pasaron a un salón contiguo. Bill escuchó nuevamente.

—Acabo de llegar a Nueva York... No puedo pasar un día más sin ver a Moira...

—¡No! ¡Nunca! ¡Imposible!

Y colgó nuevamente el receptor telefónico.

Le fué necesario hacer un poderoso esfuerzo de voluntad para que su rostro conservara aquella actitud impasible, pues Moira

entró nuevamente; y con mucho apuro le dijo:

—Ven, papá... En los ojos de Redmond conozco que quiere volver a declarármeme... Y no quiero estar sola con él.



—Bill... Soy Elena... ¿Fué Moira la que me contestó?



Elena Clayton, cuando años antes abandonó a su marido para entregarse en brazos de

otro, no podía sospechar lo que era la infidelidad humana, a pesar de ser ella misma una infiel. Pasados los primeros meses en que volvió para ella una nueva luna de miel, el recuerdo de los dos seres que abandonara se cernió sobre ella cada vez más potente. Al cabo de un año su amante la abandonaba, dejándola sin un solo céntimo. Dedicóse al teatro, por el que siempre había sentido gran afición, y aunque nunca logró sobresalir, tuvo siempre lo necesario para cubrir sus necesidades.

Más de una vez estuvo tentada de acudir al buen Bill y pedirle perdón por sus faltas, pero conocía sobradamente la fortaleza de aquel espíritu, y tenía por descontada la contestación.

Mas hoy veíase ya vieja, y el arte no iba a concederle ya dentro de poco tiempo aquellos momentos de emoción que hacían olvidarse de todo. Además, era madre. Quería ver a su hija y poderla dar aquel cariño que la robaba durante su niñez.

Estaba terminando una "tournée" por diferentes ciudades de la Unión y cuyo final era Nueva York. En las últimas representaciones parecía como si le hubieran quitado unos años de encima. Tan decidida se hallaba a dar el paso definitivo, y tan segura además de que alcanzaría el perdón de Bill, que veíasela ahora satisfecha todos los días, cual una principiante que tuviera que debutar dentro de poco.

Su primer paso cuando llegó a Nueva York ya hemos visto cuál fué: el de telefonar a Devens; y también hemos visto el resultado negativo que obtuvo.

Al día siguiente su amor de madre no había desmayado. Dirigióse a la oficina de su esposo, para hablarle personalmente. Tuvo que hacer antesala y pasar una nota con el objeto de su visita, según costumbre comercial americana.

Escribió en una tarjeta:

*Bill, tengo que hablarte. Concédeme unos minutos de tiempo para verte.*

Por toda contestación recibió otra tarjeta escrita y un fajo de billetes de mil.

*Mi decisión es final. Volver a hablar de lo mismo no sería de ningún provecho.*

Sufrió una humillación con esta respuesta; sobre todo con los billetes. Ella iba por ver a su hija, no a pedir limosna. Entregó nuevamente los billetes, diciendo que ya le vería otra vez.

\*  
\*\*

Hace cuarenta años Bill Devens se ganaba la vida blandiendo el pico; en cambio hoy no podría contar las millas de vía que había construído para los tranvías y trenes de la ciudad.

Su socio Kelling era una buena ayuda. De carácter vivo y audaz, él se las entendía con los obreros y con las casas que suministraban los materiales para las obras. Con unos y otros obtenía siempre resultados halagüeños, pues si aquéllos trabajaban con ahinco, estas otras le facilitaban los materiales en unas condiciones ventajosísimas.

De tal modo habíase entregado Bill a Kelling, que cuando éste, dándole unos papeles, dijo:

—¿Quiere usted revisar estos contratos, para la extensión de la línea de la calle de Kent?

Bill contestó:

—Kelling, no quiero leer estas cosas de leyes. Me aburren. Si a ti te parece que están bien, a mí también...

Era el mismo día que debía ir Elena. Estaban los dos hombres planeando nuevos negocios, y ya hemos visto del modo que Devens confiaba en su socio.

Al poco rato entró Moira. Venía turbada. Habíase tropezado con una señora que salía de la oficina y que quedósela mirando de un modo fijo, inquisitivo...

Pero todas estas cosas son pasajeras. Tan pronto vióse frente a su padre, un nuevo pensamiento destituyó al de la mujer. Tenía que pedir ahora una cosa muy grande... para su amor.

Después de conquistarle con cuatro zala-



merías, púsose muy seria. Pidió ser escuchada tal como ella merecía.

—Papá, vas a ayudar a un joven abogado a conquistar la fama...

—Si tanto te empeñas, trataremos de obtener un puesto en la oficina del juez del distrito.

Ella púsose contenta. Ya sabía de antemano que nada se le iba a negar.

Pero es el caso que no había terminado aquí todo. Un botones entregó una tarjeta, de Hugo Dillon (abogado) con una breve anotación de que acudía a la cita que se le había dado. Bill quedó pasmado. No lo conocía, y por lo tanto no podía haberle citado.

Su hija le contó en cuatro palabras que lo había mandado llamar en su nombre, y que deseaba lo recibiera. Bien entendido que quien había de recibirlo era ella; y él y el señor Kelling debían retirarse.

Y Devens, que momentos antes no había podido dedicar unos momentos a revisar unos contratos en los que debía estampar su firma, se avenía ahora, por obra y gracia del diablillo de su hija, a meterse en un departamento contiguo, lleno de libros, papeles y polvo. Tan sólo se le ocurrió preguntar, antes de encerrarse:

—¿Es acaso el joven aquel de los ojos lindos?

Moira se sentó en el *bureau* de su padre e hizo como si escribiera algo muy interesante. Pasó Hugo Dillon y quedó sorprendi-

do de verse frente a frente de aquella chiquilla que conducía sus coches a una velocidad de vértigo.

Ella, sin decirle una sola palabra, le señaló un butacón para que se sentara. Al cabo de unos minutos Hugo se atrevió:

—Yo deseaba ver a su papá...

Moira hizo un leve movimiento con la cabeza y continuó... observándole con el rabillo del ojo, haciendo como que escribía.

Al cabo de un par de minutos más, Hugo, que ya se encontraba allí algo violento, repitió:

—Su papá me llamó para tratar de un asunto...

—Sí, ya sé — replicó Moira.

Y volvió a sumirse en la escritura.

Por fin dijo:

—El asunto de que quiere hablarle... soy yo.

Y viendo que el joven hacía una suspensión, continuó:

—Una joven vana, delincuente, necesita los servicios de un abogado...

—Permita que le aconseje que no siga corriendo en su *auto* a una velocidad vertiginosa, pues las leyes se hicieron para usted... y los otros siete millones de habitantes de Nueva York.

La puerta del archivo se abrió. Bill sacó la cabeza y dijo:

—Moira, ya hace un cuarto de hora que me tienes ahí encerrado.

—Papá, este caballero es el señor Dillon a quien tenía tantos deseos de conocer...

Y mientras los dos hombres se saludaban cortésmente, Moira entregaba a su padre una nota que decía escuetamente: "Invítalo a cenar".



—Moira, ¿por qué no invitas al señor Dillon a cenar?

Quería sentirse molestado por las confianzas que su hija iba tomándose cada vez más. Pero no pudo resistir al imperio de las miradas suplicantes de ésta, y con una cara completamente sonriente dijo:

—Moira, ¿por qué no invitas al señor Dillon a cenar?

\*\*

Hugo había aceptado la invitación que tan amablemente le hiciera Bill, y al día siguiente, vestido de rigurosa etiqueta presentóse en la casa del potentado. La verdad es que nunca hubiera sospechado que bajo aquel membrudo cuerpo del enérgico Bill, plagado de millones, además, pudiera cobijarse un alma tan sencilla y noble y siempre tan dispuesta a ceder en todo cuanto hubiera sido una proposición de su diablillo.

La comida constituyó un motivo más para que Hugo admirara con mayor razón a Bill, y para que se convenciera de que con dinero y sin dinero Moira debía ser la felicidad de un hombre.

Después, fumando sendos habanos, hablaron de las aspiraciones de Hugo. Era un muchacho joven y aún podía hacer carrera en la vida.

El dijo que de manera impensada había recibido aquel mismo día un ofrecimiento del Juez del distrito para desempeñar el cargo de acusador fiscal, que quedaba vacante. Y añadió:

—No acierto a adivinar cómo han pensado en mí. Me parece que no voy a aceptar el puesto.

A Moira esto la contrariaba, pero no quiso darlo a entender.

Hugo prosiguió:

—Prefiero defender al infeliz de la injusticia, que acusarlo.

—¿Acaso cree usted que en la oficina del juez del distrito no tendría oportunidad de impedir la injusticia?

—Hugo, Moira tiene razón — arguyó Bill. — Ese es el puesto que le conviene...

Pasaron luego al despacho de Bill, y allí quedaron solos Moira y Hugo.

Moira, en su deseo de aumentar el grado de amistad que les unía, de tan poco tiempo, no hacía otra cosa que instigarle para que hablase de amores, de "sus" amores.

Por fin Hugo no pudo resistir más y confesó a Moira su amor, los días que él habíase pasado soñando con lo que él juzgaría siempre un imposible, y que databa de los tiempos hermosos de su niñez, cuando ella no era todavía opulenta.

Moira sintióse complacida. Era esto precisamente lo que esperaba, y sentía que hubiera tardado tanto en decirselo.

Entonces ella apeló a un medio muy moderno y muy eficaz para hablarle aún más claramente, sin necesidad de hacerlo cara a cara. Fué pronunciando las palabras ante un aparato de su padre, que recoge e impresiona en un disco todo cuanto se pronuncia ante él para repetirlo después, gracias a un complicado mecanismo, cual si fuera un gramófono.

El dictáfono fué recogiendo, y transmitiendo de uno a otro esta conversación:

—Y ahora ya somos novios, ¿no es verdad?

—No, Moira, solamente nos amamos...

—¿No es lo mismo?

—No, Moira; no lo es mientras tú seas rica y yo un pobretón.

La chiquilla fué a buscar a su papá para decirle que Hugo tenía unas ideas muy extrañas.

—Papá, Hugo dice que me ama, pero que no quiere casarse conmigo.

—Sí; Moira es lo que más amo en el mundo, y algún día, tal vez...

Bill acercóse al dictáfono. Había comprendido que su hija y Hugo se querían, y que no era precisamente un amor pasajero el suyo. Tomó una resolución y procediendo de acuerdo con su modo de pensar, no la demoraba para mañana.

—Hijo, el amor no admite "tal vez" ni "quién sabe". Tómala y que Dios os conserve siempre juntos.

Y salió.

Los dos enamorados acercáronse al aparato y una y otra vez hicieronle repetir al disco las mismas palabras, aquellas que hacía un momento pronunciara Bill Devens.

\*  
\*\*

Mas, para Elena Clayton los días eran de desolación y las noches de atormentadores recuerdos, de soledad aplastante...

Estaba dispuesta a ver a su hija Moira, o tomaría una resolución extrema.

Hizo subir al portero, un hombre negro, de mirada impasible, y le foreció cien dólares por un revólver. La gratificación ofrecida hizo brillar aquellos ojos de codicia. Transcurrió una hora nada más y el revólver estaba ya en su poder.

Aquella noche salió de su casa con paso decidido. Marchaba con precipitación, pues tenía deseos de llegar pronto a la señorial mansión de su esposo.

Moira, desde la ventana de su habitación la vió llegar; quedóse pensativa al reconocer a la mujer que halló hacía pocos días en las oficinas de su padre.

Elena hizose conducir hasta el despacho de Bill.

Su esposo la recibió con frialdad.

—¿Quién te ha dado permiso para venir? No tienes ningún derecho en esta casa.

—El derecho que tiene una madre sobre su hija.

—Cuando te fugaste renunciaste a todo derecho sobre Moira.

—No quiero estar más tiempo sin verla. No saldré de aquí hasta conseguir mi legítimo deseo.

Bill vió la desesperación en el semblante de Elena; pero firme siempre, no quería trincar las ilusiones de su hija.

La recordó que hacía veinte años decía que el bebé la molestaba. La recordó la traición

y la hizo ver que consumando aquel acto indigno, que él tanto había llorado y por el que ya la había perdonado, habíase cerrado para siempre las puertas del corazón de su hija.

—No quiero arruinar la vida y el porve-



—No quiero arruinar la vida y el porvenir de Moira... Ella se figura que estás muerta...

nir de Moira... Ella se figura que estás muerta... Ahora ya es demasiado tarde para otra cosa.

—¿Demasiado tarde? Entonces prefiero morir.

Sacó el revólver del monedero y se incrustó el cañón en el pecho.

Bill era el hombre de la serenidad, pero hacía unos días que le ocurrían unos casos que le producían verdaderos escalofríos; y todo por culpa siempre de aquella mujer. Revistióse de valor y mirando fijamente a Elena en los ojos, con una mirada que era un castigo, ordenó:

—¡Dame este revólver!

Y se lo tomó de la mano sin forcejear, sin siquiera la convulsión del vencido, dejándolo sobre la mesa.

—¡Tú estás loca!

—Tal vez... Me siento tan cansada, Bill... ¿Qué se han hecho de mis bellas esperanzas? Sólo me queda Moira en el mundo...

Un amargo llanto de arrepentimiento, prodigó por un momento consuelo a la afligida mujer.

Nuevamente la voz inflexible de Bill se dejó oír, al tiempo que señalaba un retrato de Elena en su juventud:

—Aquella es la mujer que Moira piensa que fué su madre. Y tú y ella no sois iguales...

—Volvería a ser esa mujer... Por Moira sería capaz de todo...

—Tú no podrías ser lo que Moira piensa que eres... Casi un ángel... Si ella supiese la verdad, se moriría de pena...

Aquella escena se prolongaba demasiado, con grave riesgo para su proverbial rectitud. Acabaría por transigir, y no podía, no debía, ¡por Moira!

—Elena, hazte cargo; para mantener su

ideal le he contado grandes mentiras, pero he logrado hacerla amar a su madre... Para ella su madre es el supremo ideal de su vida.

Y ya las dos almas, tocadas por el mismo amor, sintieron que aquel afecto, aquel cariño, debía llevarlas al mayor de los sacrificios. Ambos lloraban.

—Y tú no sabes — prosiguió —, que desde que comenzó a andar le ha hablado a esta imagen, le ha contado sus penitas y sus pequeñas aflicciones; le ha rezado sus plegarias... Y ahora que está a punto de casarse...

—Lo comprendo. Es hermoso lo que has hecho, y no lo echaré a perder. Te lo prometo ¡y te juro que guardaré mi promesa!

Hizo por serenarse.

Diéronse la mano mirando cada cual a un sitio distinto. Ahora tenían los dos temor de sentirse débiles.

Elena salió de la habitación y dirigióse, sola, a la puerta de la calle que en su inconsciencia dejó abierta.

Pocos momentos habían transcurrido cuando un hombre se dirigió con paso rápido a casa de Bill. Iba a llamar, pero hallando la puerta abierta metióse en la casa y, conocedor de ésta, seguramente, se fué directo hasta el despacho del padre de Moira.

Cuando se halló frente a éste, le espetó, sin otras palabras:

—¡Bill, nos están persiguiendo! Están investigando la construcción del ferrocarril ele-

vado... Espero poder arreglarlo, pero tienes que guardar silencio...

—¿Qué hay en esa construcción? — preguntó Bill.

—Un fraude de dos millones de dólares. ¡Si el Gran Jurado nos descubre, estamos arruinados!

El que tal decía no era otro que Kelling, el socio de Devens.

Bill, que estaba convencido de haber obrado siempre legalmente, inquirió el motivo de lo que acababa de decirle su socio.

—Pero, ¿es que crees que si hubiéramos obrado siempre honradamente habríamos hecho el dinero que hemos hecho?

Bill, que en la construcción de referencia había cifrado toda su ilusión por ser la más importante, y acaso la última, veía que, de hundirse por debilidad de los materiales, hundiríase con ella su vida.

Tomó una resolución definitiva. El mismo, antes de ocasionar un día de luto a la ciudad, descubriría la debilidad de la obra y declarararía haber obrado impulsado por motivos poco escrupulosos.

Y al decirlo así a Kelling, terminó:

—¡Vamos a sufrir las consecuencias como hombres, aunque tengamos que ir los dos a presidio!

—¿Yo a presidio? ¡Nunca!

Kelling vió sobre la mesa el revólver de Elena. Comprendió que si Devens decía de acusarse ante los Tribunales, así lo haría. Cru-

zó por su mente una idea, y la realizó sin escrúpulos. El caso era salvarse.

Rápido como el relámpago tomó el revólver y lo disparó a quemarropa a Devens, ca-



—¡Vamos a sufrir las consecuencias como hombres, aunque tengamos que ir los dos a presidio!

yendo éste pesadamente al suelo. Lo había matado.

Nadie lo había visto. Subióse el cuello del gabán y desapareció.

\*  
\*\*

Las gestiones de la policía fueron relativamente fáciles para dar con el presunto autor del crimen.

El revólver, cuya procedencia averiguóse inmediatamente, y la llave de la casa de Elena, hallados en el despacho de Devens, por un lado; y el negro que había manifestado seguidamente haber facilitado aquel arma y el sirviente que abrió a Elena, por otra, fueron más que suficientes para declarar la culpabilidad de ésta.

En el *bureau* de detectives se intentaba en vano hacer declarar a Elena. Esta sufría un verdadero calvario, pero había prometido solemnemente a Bill que no descubriría su secreto. Además, ahora tampoco estaba a tiempo, pues la noche anterior había quemado todas las cartas y fotografías que podían serle de utilidad para justificar ser verdaderamente la madre de Moira.

Esta, que se hallaba presente en el momento de las declaraciones, al ver el mutismo prolongado de Elena dijo furiosa:

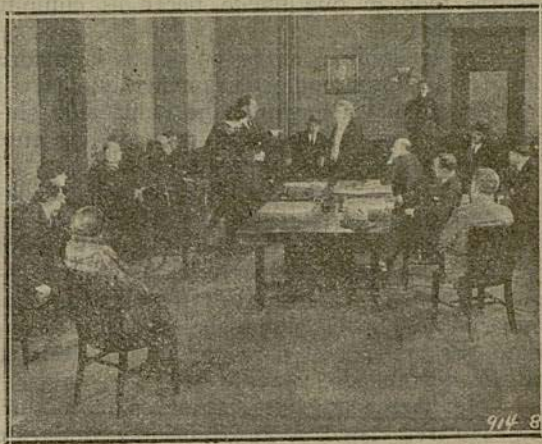
—¿Por qué no la hace confesar? ¡Ella mató a mi padre!

No pudo más. Era demasiado tener que aguantar en su inocencia hasta la acusación de su hija.

—Hablaré... hablaré... pero solamente al señor Dillon.

Esto defraudó a los demás, pero se retiraron esperando con fruición lo que éste les diría al salir.

Elena tomó alientos, y cual si hablara con su confesor hizo a Hugo la relación comple-



—¿Por qué no la hace confesar?... ¡Ella mató a mi padre!

ta de su vida y del secreto que debía guardar.

Terminó diciendo:

—Señor Dillon; sé que ama usted a Moira y por esto me he prestado a revelar a usted mi secreto; pero ya sabe que anoche prometí a Bill que ella no se enteraría nunca.

Y entre sollozos y lamentos, repitió una vez más:

—¿Por que había de matarlo yo, amando como amaba a Moira? ¿Hasta le enseñó a amar mi recuerdo, sin que yo lo mereciese! Ahora, todo lo que puedo hacer es cumplir mi promesa.

Hugo tranquilizó en lo posible a la madre de Moira. Comprendió claramente que en su relación no había engaño, que había sido sincera con él y por lo tanto que era inocente del crimen que se le imputaba.

Cuando Hugo salió del despacho en que había quedado con la madre de Moira, habían transcurrido más de dos horas. En el rostro de todos los que le esperaban, pero muy especialmente en el de Moira, reflejábase la impaciencia que les dominaba. El juez se dirigió presuroso a él para ver qué le decía, y quedó defraudado cuando oyó:

—Me parece que esta mujer es inocente...

—No sea usted niño. Considere que este es el caso más importante que tenemos en la lista, y el veredicto condenatorio es seguro.

—¿Quiere usted darme a entender que, culpable o inocente, tengo que acusarla?

—El acusador fiscal, acusa!

—Entonces renuncio a mi puesto para estar en libertad de defenderla...

El juez se sintió agraviado. Sólo él sabía que Hugo debía aquel puesto a Devens y él, desagradecido, se negaba a defenderle. Llamó a Redmond, el pretendiente de Moira, y le

dijo que él iba a hacerse cargo de la acusación fiscal. Luego añadió:

—Dillon es un niño... Ha arruinado su carrera para defender a esa mujer.

Cuando Moira supo que su prometido no solamente no quería acusar a aquella mujer, sino que abandonaba su puesto para defenderla, sintió tan gran aversión hacia él que ni tan sólo quería escuchar sus palabras.

Y cuando Hugo le dijo:

—Moira, no puedo explicarme... Mas, puedes tener la seguridad de que estoy haciendo lo más conveniente y justo.

Ella le dirigió una mirada de reconcentrado odio y desprecio infinito y se alejó.

A los ocho días, muy temprano, por la mañana, empezó la causa contra la infeliz Elena. Todo la condenaba y todos estaban persuadidos de que era ella la criminal. Allí estaba Kelling que la condenaba ya con los ojos, y así se libraría él de purgar el delito cometido.

Únicamente Hugo, firme en su propósito, habíase erigido en su defensor.

Tan sólo esto hacía vacilar a los mismos jueces, pues nadie desconocía los amores que tenía con Moira, y todos sabíanle de un carácter recto y entero.

Por esto cuando él se levantó para hablar, produjo la natural expectación.

—Señores jurados: Hace varios días que estáis escuchando aquí una apelación a la venganza, mas no a la justicia... Esta testigo en-



cantadora ha empleado las argucias de su hermosura para influenciaros...

Hizo a continuación una brillante defensa de su patrocinada, exponiendo una serie de hechos y remarcando sobre todo que la acusación fiscal no había presentado un solo testigo de cargo.

La brillante oratoria del joven abogado produjo enorme revuelo. Pero cuando se presentaron las pruebas y hablaron los testigos, otra vez la balanza inclinóse del lado de la acusación, que pedía para la procesada la pena máxima.

Mientras el Jurado deliberaba a puerta cerrada, Hugo hizo con una autorización para registrar nuevamente el despacho de Bill Devens.

Moira opúsose a que entrara nuevamente en su casa, y sólo cedió al leer la orden de la Jefatura.

Los dos penetraron en el despacho del padre de Moira, y mientras Hugo daba vueltas alrededor de la habitación y miraba las puertas y revisaba papeles, aquélla le miraba perpleja, pues en realidad no podía comprender cómo Hugo había renunciado a su amor para defender a una desconocida.

Algo intrigada, le preguntó los motivos por qué la había abandonado.

—¿No recuerdas, Moira, que un día me dijiste que debía impedir la injusticia? Pues esto es precisamente lo que he tratado de hacer...

Y para dar mayor fe a sus palabras de hombre honrado y formal, acercóse al dictáfono y lo hizo funcionar.

Aquellas palabras que un día pronunciaran uno y otro para declararse mutuamente que se amaban, brotaron, como si respondieran al conjuro de la varita mágica de la Dama Blanca. Aquellas palabras ya por sí tuvieron la virtud de unir nuevamente los dos corazones y los dos cuerpos, que mientras funcionaba el aparato se enlazaban fuertemente.

A continuación, aquello de "Hijo mío, el amor no admite "tal vez" ni "quién sabe"... pronunciadas por el difunto Bill.

Pero, ¡oh, sorpresa! el aparato siguió hablando:

.....  
.....

El Tribunal hallábase reunido nuevamente. Iba a pronunciar la fatal sentencia.

Cual una tromba entraron Hugo y Moira cargados con un gran aparato. Venían fatigados y emocionados.

—Señor Presidente: Tenemos nuevas e importantes pruebas, las cuales no son mudas, por cierto.

Puso el dictáfono sobre la mesa y lo hizo funcionar.

—“Kelling... Kelling... ha sido... sin provocarlo... porque...”

Era efectivamente la voz desfallecida de Devens que en sus últimos momentos tuvo aún la lucidez suficiente para dar al dictáfono el nombre de su asesino.

Kelling quedó détenido allí mismo, y aunque se negó a hacer declaraciones de momento, tuvo luego que confesar la verdad.

Y cuando Moira preguntó a Hugo, más intrigada aún:

—¿Por qué no habló? ¿Por qué no dijo usted que era inocente?

El le contestó:

—Dígaselo a ella, que ya se ha ganado ahora este derecho.

Y los tres, muy unidos, formaron pronto un nuevo tranquilo hogar.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO: La preciosa novela

## SU MAJESTAD EL CORAZÓN

Creación de LUCY DORAINE

Postal-fotografía-regalo: WILLY FRITSCH

Ayer apareció

## LA NOVIA FINGIDA

por Mae Murray

Las Grandes Films de La Novela Semanal Cinematográfica